

FILMS DE AMOR

Dichosa por su rival



Núm.
48

25
CTS.

CORINNE GRIFFITH

FILMS DE AMOR

APARECE TODOS LOS JUEVES

Redacción, Administración y Talleres:

Calle de Valencia, 234 - Apartado núm. 707

B A R C E L O N A

AÑO III

NÚM. 48

Dichosa por su rival

Interesante comedia de sugestivo argumento, un triunfo más de la gentil

Corinne Griffith

por MANUEL NIETO GALAN

E X C L U S I V A

L E M I C, S. A.

Mallorca, 236

Barcelona

REPARTO

Clara Katherton..... **CORINE GRIFFITH**
Rolando Bland **Holmes Herbert**

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA



PRIMERA PARTE

Bajo la tibia caricia del sol decembrino, gozaba de su reposo imperturbable una pequeña ciudad de Georgia. La vida en ella se deslizaba suave, tranquila, sin que el menor suceso ni el más insignificante acontecimiento llegase a perturbar la beatífica paz de que disfrutaban sus habitantes.

Cuando únicamente parecía salir de aquel sopor era en la época de verano. Entonces algunas familias de la capital, que poseían allí propiedades, venían a ella para disfrutar de más agradable temperatura, pero, pasada ésta, la ciudad volvía a adquirir su habitual reposo y otra vez la vulgar monotonía de las cosas agobiaba a sus moradores.

En las inmediaciones de esta ciudad dormida, vivía Clarita, una muchacha alegre como un pajarillo y cuya belleza había llamado la atención a más de cuatro veraneantes.

Era hija de los Katherton de Georgia, una familia tan rica en nobles ascendientes, como pobre en recursos económicos, que había ido a ocultar en aquel rincón del mundo los despojos de su antiguo esplendor.

Clarita Katherton, era una de esas muchachas impresionables y excesivamente románticas, en quien la historia brillante de sus antepasados, había alterado su cerebro, haciéndola odiar la obscuridad en que transcurría su juventud y desear, con ferviente anhelo, el lujo, la fastuosidad y la agitada existencia de las grandes ciudades.

En plena juventud desconocía en absoluto lo que era el amor y su corazón virgen por completo de este dulce sentimiento resistíase enconadamente a entregarse a ninguno de sus muchos admiradores pueblerinos, esperando la llegada del príncipe encantador, que convirtiera en realidad sus sueños de gloria y esplendor.

Uno de estos más asiduos pretendientes era Gorito Caldwell, un pobre muchacho que se pasaba la vida estudiando y suspirando por Clarita, sin que nunca hubiera podido alcanzar de la muchacha ni una palabra de esperanza.

Estaba aquella tarde Clarita desesperada, contemplando el desgarrón que una mata había causado en sus medias de lana, cuando se presentó de pronto Caldwell y la muchacha exclamó asustada:

—¿Cómo se entiende, Gorito, presentarte de este modo. para asustarme?

—Llevas razón—respondió el joven—yo

debía asustarte de otra forma: casándome contigo.

—No digas tonterías — respondió ésta—. Tú sabes que eso es imposible.

—Siempre me dices lo mismo — exclamó tristemente el futuro abogado—; pero nunca me das una razón que me convenza.

—¿Te parece poca razón ésta?—le preguntó Clarita enseñándole sus medias de lana y sus zapatos agujereados.

Caldwell, sin comprender lo que la joven quería decirle con aquello declaró su incompreensión, preguntándole:

—Bien; ¿y qué quieres decirme con eso?

—No te hagas el tonto, que bien me entiendes—exclamó Clarita—. Yo quiero medias de seda y todo lo que con ellas debe llevarse y como tú eres tan pobre como yo, lo mejor es que tú te cases con una mujer rica y yo con un hombre que tenga dinero.

—¡Eso es una locura, Clarita!

—Más locura es lo otro, y, sin embargo, lo encuentras natural—terminó diciéndole ésta, separándose de él y dejando al pobre muchacho abatido por la pena que le causaba aquella actitud.

Cuando iba camino de su casa se encontró con su única amiga, Teodora Beaudine, la hija de una de las familias más ricas de los contornos, que le dijo, al verla:

—Vente a pasar la noche conmigo, Clara. Tengo una porción de cosas que contarte.

Siempre había admirado Clarita el lujo con que vivía su amiga y nunca se había negado a ninguna invitación de ésta, más que nada, por poder disfrutar de las muchas comodidades de que gozaban los señores Beaudine.

Obtenido el correspondiente permiso, Clarita fué aquella noche a dormir a casa de su amiga.

Al terminar la cena, Teodora dió cuenta a su padre y a Clarita de la última carta de su prometido, diciéndole:

—¿A ver qué pensáis de esto? Conrado quiere que nos casemos el día de Nochebuena y que su amigo Rolando Bland venga de Nueva York para apadrinarnos.

—¿No será el tristemente célebre Rolando Bland?—preguntó algo alarmado su padre.

—El mismo—afirmó Teodora—. Es hombre de una fortuna inmensa y además íntimo amigo de Conrado.

—No me agrada nada la proposición—contestó el señor Beaudine—. Pero aceptaremos, para no desairar a tu prometido.

—Puesto que no tienes madrina—intervino Clarita—, ¿quieres que sea yo?... No te sirva de reparo mi pobreza... sea como fuere, yo tendré un vestido digno del acto.

El señor Beaudine, no pudo menos que reírse de esta consideración de la muchacha, y cuando algunas horas después, la soledad del dormitorio y la certeza del reposo familiar incitaban los anhelos de las confidencias entre las dos jóvenes, Clarita le preguntó a su amiga, obsesionada por el pensamiento de la fortuna del que iba a ser padrino de boda:

—Dime, Teodora. ¿Es muy malo Rolando Bland?

—¡Terrible!—exclamó ésta haciendo aspavientos exagerados—. Sobre todo, en su inconstancia con las mujeres. Figúrate que le llaman el "Amante Universal".

—Pero es muy rico, ¿verdad?—inquirió de nuevo Clarita.

—Mucho — repuso su amiga—. Conrado dice que tiene millones.

Clarita quedó un momento pensativa y al fin, volvió a preguntar:

—¿Seguramente Conrado y tú pensaréis viajar por Europa?

—Ya lo creo y por todo el mundo.

—Sin embargo, yo—suspiró tristemente la muchacha—tendré que permanecer toda mi vida en este villorrio viejo y triste, dormido siempre en esta estúpida modorra... ¡Oh, de ningún modo! ¡Yo no me resigno a encerrar aquí mi juventud!

Y exaltándose cada vez más, según iba

enumerando las tristezas de aquel pueblo, continuó diciendo:

—¡Yo quiero ver Nueva York, Londres, París! ¡Yo necesito dinero! ¡Y mi gran ocasión se llama Rolando Bland!

—¡Clara!—exclamó extrañada su amiga, adivinando la intención de aquella—. ¿Estás loca? Ninguna muchacha sensata se casaría con Rolando, porque un matrimonio con ese hombre no puede durar.

—Eso es, precisamente, lo que yo quiero —exclamó Clarita—. Yo no pretendo casarme con él, para siempre; pero puedo llevar durante uno o dos años la vida espléndida con que sueño.

Y desde aquella noche Clarita empezó a discurrir el medio de que se valdría para poder conquistar al terrible "Don Juan", aunque solo fuera por un par de años y poder disfrutar de aquella existencia que tanto anhelaba.

SEGUNDA PARTE

Los días que transcurrieron hasta la fecha señalada para la boda de Teodora, fueron de febril impaciencia para Clarita. Por fin,

llegó la Nochebuena y también llegaron el novio y el padrino de su amiga.

Conrado Fontaine, el prometido de Teodora, era uno de esos seres hipócritas, que bajo la capa de una aparente bondad, ocultan su verdadera personalidad de cínica maldad. Delante de su novia se hacía pasar por un modelo de virtud, mientras que a espaldas de ella vivía una existencia de continuas fiestas y disipaciones, gracias a Rolando Blnad, cuya amistad explotaba descaradamente.

No así Rolando, que incapaz de expresar nada contrario a sus sentimientos dejaba ver, desde un principio, todo el fondo de su alma, que conservaba la pureza de la sinceridad.

Hombre de una cuantiosa fortuna había tenido infinidad de novias, pero siempre rompía sus relaciones con ellas, convencido de que lo que buscaban era precisamente su dinero, en vez de su corazón.

Mientras el criado fué a anunciar la llegada de los dos amigos, Conrado le dijo confidencialmente a su amigo:

—No creas que mi casamiento vaya a ser obstáculo para nuestras diversiones y franquicias... Seguiremos siendo los mismos camaradas de siempre.

Rolando se quedó mirando a su amigo, sin poder comprender cómo podía casarse un hombre, para poder seguir la misma vida

alegre que de soltero, pero su amigo, sin reparar en su gesto, continuó diciéndole:

—Por cierto que ahora tengo un enredo algo complicado, y quiero que tú me ayudes, cuando vuelva del viaje de novios.

Iba a seguir dándole pormenores del asunto en cuestión, pero la llegada de su suegro cortó la conversación.

Con su natural hospitalidad, el señor Beaudines acogió a Rolando y fué mostrándole cuánto de bueno y original conservaba en su casa.

—Bueno—exclamó al final el buen hombre—; supongo que tendrás impaciencia por ver a tu prometida y el señor Bland sabrá dispensarme unos segundos, mientras te acompaño.

Rolando hizo un ademán de asentimiento y se quedó contemplando las antiguas pinturas que conservaba el futuro suegro de su amigo.

Clara había ido poco a poco reuniendo el dinero que necesitaba para poder cumplir la promesa hecha a su amiga de presentarse dignamente el día de la boda.

Ataviada con un espléndido vestido de "soiré" la exquisita belleza de Clarita resaltaba aun más y la dulce expresión de su rostro hacía pensar en las finas imágenes que adornan los templos.

Cuando llegó a casa de su amiga entró casualmente donde estaba Roalndo y su corazón latió violentamente antes de lanzarse a la lucha que iba a entablar. Pero tras unos segundos de vacilación, empleados en aca-llar ciertas rebeldías de instintivos pudores, una discreta tosesita avisó a Rolando que no estaba completamente solo en la estancia.

Se volvió rápidamente y quedó extasiado ante la maravillosa visión que tenía ante él. Por fin consiguió reponerse y le dijo:

—Le ruego, señorita, que perdone mi azoramiento, pero nunca pudiera pensar que en este pueblo existiera una mujer tan extraordinariamente hermosa como usted.

—Muchas gracias, por la galantería—repuso sonriendo Clarita—. Pero supongo que en las grandes ciudades habrá usted encontrado muchas mujeres a quienes decirles esas mismas palabras, con más justificación que ahora.

Clara seguía con pasmosa fidelidad el plan sugerido por su propósito, expuesto a Teodora, de envolver en apretadas redes de seducción a Rolando, quien enloquecido por la coquetería de la joven, no pudo contenerse y la estrechó entre sus brazos, dispuesto a besarla. Mas pudo reprimirse y se disculpó diciéndole:

—Perdóneme, se lo ruego... arrebatado por



Arrebatado por su belleza, no fui dueño de mí, Perdóneme.

su belleza, no fuí dueño de mí. Perdóneme... aunque no soy culpable.

Clarita, no demostró ofenderse por la acción de su admirador y le dijo, sonriéndole deliciosamente, a la vez que salía de la estancia:

—Culparemos a estas guirnaldas que adornan el salón, ¿verdad, señor Bland?

Rolando la siguió con la vista extasiado y Conrado, que entró en aquel instante, le preguntó:

—¿Qué te pasa, hombre?... Miras como si acabaras de ver algo extraordinario.

—Y algo extraordinario acabo de ver, querido Conrado—repuso aquél.

—Algo que no creía que existiera: una mujer verdaderamente divina... Un sueño hecho mujer...

Desde aquel instante Rolando bendijo una y mil veces la idea que había tenido su amigo de haberlo hecho venir para apadrinar su boda.

Después de la boda siguió para Rolando una semana de emociones que jamás había sentido, pero Clara, mirando al terrible galanteador a la luz de su pasado no dudaba de la pronta extinción de esta llama pasional. Estaba segura de que la impresión del primer momento no tardaría en desvanecerse y de que no tardaría él en hallar otro amor

y que ella quedaría en libertad y con derecho a disfrutar de una crecida renta.

—¿Cómo es posible que usted me ame? —le decía cuando él trataba de hacerle comprender su intensa pasión—. ¡Con tantas mujeres maravillosas como conocerá usted en Nueva York!

—Sí pero las mujeres que yo conozco no son sinceras—respondía Rolando—, su único amor es el dinero... y usted, Clara querida, es tan diferente de todas...

Entonces Clarita experimentaba cierto temor que sus intenciones fueran descubiertas, pero sabía fingir tan maravillosamente, que Bland no pudo adivinar sus verdaderos pensamientos y algunos días después le escribía a su amiga, diciéndole:

“Esto ya es seguro, Teodora; nos casamos el lunes próximo. No puedes imaginarte lo que significa para mí el adiós a la pobreza y a la estrechez asfixiante de este pueblo. Por otro lado, el lazo puede atarse tan fuerte o tan flojo como exijan las circunstancias... porque yo llevaré cupones de divorcio entre mis títulos matrimoniales.

Recibe un abrazo de tu amiga

Clara.”

Algunos días después, Rolando, verdaderamente enamorado de aquella muchacha,

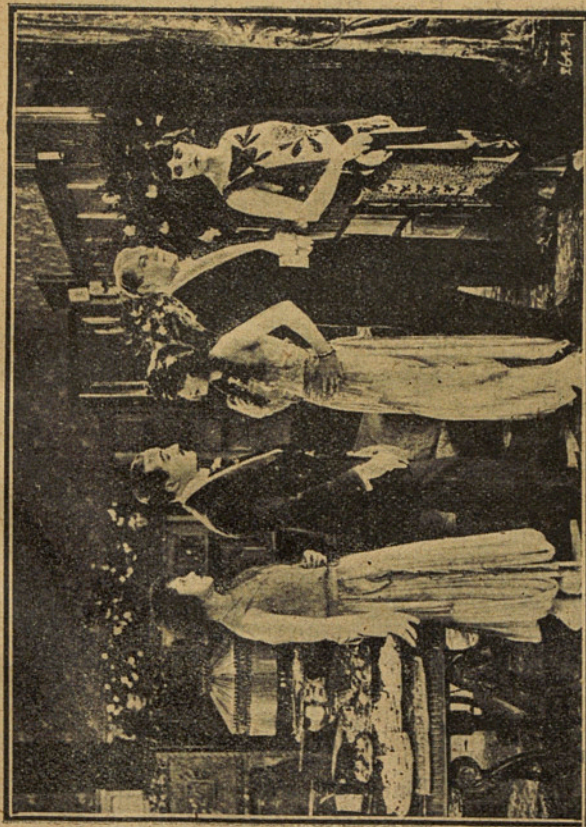
contrajo matrimonio con ella y aun cuando Clarita seguía con el deseo de conocer las grandes ciudades, pensaba también, algunas veces, que con Bland no le hubiera sido tan aborrecible la vida en aquel pueblo.

Desde su matrimonio, Rolando Bland había abandonado todas sus antiguas amistades para dedicarse única y exclusivamente a satisfacer los más nimios deseos de su mujer-cita y cuando embarcaron, de regreso para Nueva York, después de una luna de miel que parecía envolver promesas de felicidad eterna, Clarita comenzaba a creer que el *verdadero* Roland Bland era éste, el perfecto marido y no el tristemente *célebre*.

En Nueva York continuaban los dos esposos su idilio y continuaron las alegres fiestas, la asistencia a todos aquellos lugares en los que la alegría era dueña y señora y la vida continuaba pareciéndole a Clarita un eterno jardín de felicidad, donde el sol de la dicha no encontraba nunca el horizonte que había de extinguirlo.

Conrado, que esperaba impaciente el regreso de su amigo, para poder reponer su desvalijada cartera, era con su esposa los invitados perpetuos a las fiestas que se celebraban en casa del matrimonio Bland.

Una tarde una nueva invitada, antigua amiga de Rolando, hizo su aparición en los



En Nueva York continuaron las fiestas.

salones. Era Elena Blanc, su alma mística e intensamente espiritual, le hacían llevar una vida completamente torturada por los recuerdos.

Elena Blanc era una de esas mujeres que sabían amar en silencio. Locamente enamorada de Rolando, jamás habíale demostrado la pasión que ardía en su pecho, hasta el punto de ir consumiendo su vida, y cuando Bland le presentó a Clarita aun tuvo fuerzas para sonreír y decirle:

—Me dijeron que tu mujer era bella; pero, no obstante, supera a cuanto yo había imaginado.

Mientras duraba aquella presentación, Teodora preguntaba a su marido:

—¿Ha accedido Rolando a prestar el dinero que necesitamos?

—No he podido verle solo todavía—respondió aquél—. Más que casarse parece que se ha soldado a una mujer.

—Ahora parece que se queda solo—volvió a decirle Teodora, señalando al sitio donde estaba Rolando—. Abórdale ahora, antes que vuelva Clarita.

Hízolo así Conrado, proponiéndole uno de sus muchos e ilusorios negocios y Bland, entregándole la cantidad que le pedía, le dijo:

—No me gusta el asunto que me propones.

Sin embargo, te ayudaré a salir del apuro en nombre de la antigua amistad que invocas.

Clarita había oído las últimas palabras de su marido y se detuvo antes de llegar a él, presa del profundo malestar, que le causaba siempre la presencia de Conrado.

—Lejos de reprocharle por sus ideas, las comparto—exclamó Elena, que había advertido el gesto de su nueva amiga—. A mi tampoco me agradó nunca Conrado... El es el causante de mi mayor desgracia.

—¿Cómo sabe usted lo que yo estaba pensando?—preguntó Clarita, extrañada de que aquella mujer hubiera podido adivinar su pensamiento.

—Su actitud me lo ha dicho todo—repuso Elena sonriendo tristemente—. Además, yo sé muchas cosas... y una de ellas es que usted y yo seremos las mejores amigas.

Y, en efecto, desde aquel día Elena Blanc y Clarita Katherton, fueron dos amigas inseparables.

TERCERA PARTE

Fueron pasando los días, sin que ningún incidente viniera a turbar la paz y la felici-

dad de los nuevos esposos, y, como había dicho Elena, Clarita se hizo íntima amiga suya. Todas las mañanas paseaban juntas, asistían después a las reuniones y parecían que una y otra no podían pasarse sin la compañía de su compañera.

Una mañana, iban paseando por el bosque, cuando de pronto Clarita echó a correr, llamando a grandes voces a un muchacho que marchaba ante ellas.

Era Gorito Caldwell, a quien le preguntó Clarita, cuando estuvo a su lado:

—¿Cómo, tú aquí?... Yo creí que estabas todavía aburiéndote en la tristeza de aquel pueblo.

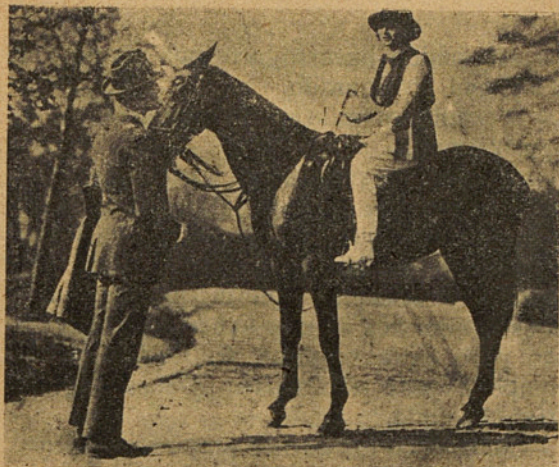
—Por mediación de un amigo de papá fui admitido en casa de un abogado de fama... y aquí me tienes practicando—repuso el muchacho.

—¡Bien, Gorito!—exclamó la joven, estrechándole la mano—. Estoy orgullosa de ti y quiero que una noche, de esta semana, vayas a cenar con nosotros.

—Gracias—volvió a decirle el futuro abogado—. Te prometo que aceptaré tu invitación.

—¿Quién es ese joven? — le preguntó Elena.

—Un pobre muchacho de mi pueblo... Que-



—¿Cómo, tú por aquí?

ría ser mi novio, pero ya se ha convencido que es imposible—repuso Clarita.

Conrado seguía sus continuas peticiones de dinero y procuraba que Rolando volviera a su antigua vida, con el fin de seguir dominándolo como hasta entonces había hecho.

Clarita nada sospechaba de los manejos de aquel miserable, pero Elena, mujer más hecha a las intrigas de la gran sociedad, comprendió en seguida las intenciones del marido de Teodora, y una mañana se presentó en el despacho de Rolando y le dijo:

—He venido para rogarte que abandones la amistad de Conrado.

—No tengo ningún motivo para hacerlo—repuso Bland.

—¿Te parece poco el pretender que vuelvas a tu antigua vida de soltero?—exclamó Elena—. Mira bien lo que haces que luego te puede pesar. No abandones a Clara por Conrado. Precisamente porque fuisteis camaradas en vuestros días de bahemia, no hay un lazo puro entre vosotros. El tenderá a corromperte para explotarte... Debes negarle hasta el saludo.

—Reconozco tus buenos propósitos, Elena, pero dime, ¿por qué te inspira tanto interés este asunto?—le preguntó Rolando.

Elena bajó la cabeza avergonzada de la confesión que le exigía y contestó:

—Si lo sabes, no me lo preguntes, si lo ignoras, no soy yo quien debe decírtelo...

Demasiado comprendió Bland lo que querían significar aquellas palabras y, agradeciendo sinceramente el noble consejo de su amiga, le respondió:

—Bien, seguiré tu consejo, aunque antes de ahora, ya había decidido no prestarle más dinero.

En efecto, Rolando se había negado rotundamente a la última petición de su amigo y éste, en su casa, le mostraba irritado a su

esposa todas las facturas pendientes, diciéndole:

—No sé con qué voy a pagarlas... Hace tiempo que no puedo conseguir ni un dollar de Rolando... ¡Y ha sido tu amiguita quien le ha inducido a negarme su apoyo!... ¡Me gustaría poder deshacer ese matrimonio!

—No te apures, que no durará mucho tiempo... Poseo medios más que suficientes para que Rolando abandone a su esposa—respondió Teodora.

Y una tarde en el Club, recibió Bland una carta que interrumpió el curso tranquilo de su vida. Era la misma carta que tiempos atrás le había escrito Clarita a Teodora, dándole cuenta de su próximo matrimonio y diciéndole que "entre sus títulos de boda llevaba cupones de divorcio".

Aquella carta vino a echar por tierra toda la felicidad de que se creía dueño. Durante toda la noche estuvo en el Club, sin querer volver a su casa, convencido de que su esposa era igual que todas las demás mujeres que había conocido en su vida. ¡Y él, sin embargo, la había creído diferente!—pensó para sí—. ¡Cómo lo había engañado!... ¡Pero su venganza sería aun mayor que la burla! Y en estos pensamientos dejó que pasasen las horas con la inconsciencia de los que tienen el pensamiento absorbido por un dolor.

Mientras tanto, Clarita, intranquila por la tardanza de su esposo, creyó que éste estaría con Conrado y telefoneó a su mujer preguntándole por su marido.

—No le he visto en todo el día—repuso tranquilamente Teodora.

—Pero no sabes si están juntos, o dónde están?—preguntó nuevamente—. ¿Es que no te preocupa tu marido?

—¿Te preocupa a ti el tuyo?—repuso irónicamente Teodora—. Cuantas más malas partidas te juegue, más te facilita el logro de tu plan...

Clarita no quiso oír más. No podía comprender la tranquilidad de su amiga, ante la ausencia de su esposo y cayó sobre un sillón llorando amargamente.

Al cabo de un rato volvió de nuevo al teléfono y llamó a su amigo Gorito, diciéndole:

—¡Ven corriendo a mi casa! Necesito de ti inmediatamente.

El muchacho alarmado por aquella urgente llamada corrió a casa de la joven, quien echándose en sus brazos le suplicó angustiosamente:

—Te he llamado, Gorito, para que busques a Rolando y lo traigas a casa. ¡No sé dónde puede estar a esta hora y...

En aquel instante se abrió la puerta y apa-



Salga usted de aquí inmediatamente!

reció Bland, sorprendiendo a su esposa en los brazos de Gorito.

Cruzó los brazos ante ellos, retándolos con la mirada y al fin exclamó:

—Caldwell, ¿trataba usted de substituirme durante mi ausencia?

—¡Yo... señor...!—empezó a murmurar el joven, para confesar la verdad, mas Rolando no le dejó terminar, sino que señalándole la puerta le dijo:

—¡Salga usted de aquí inmediatamente!

—¡Rolando, yo te juro—empezó a decir

Clarita que adivinó, aunque algo tarde, las funestas consecuencias que podían derivarse de su ligereza en llamar a Gorito.

—¡No me jures nada!—exclamó su marido rechazándola bruscamente—. ¡Tu proyecto comenzaba a marchar perfectamente!... ¡Te propusiste vaciar tu porvenir en el molde de mi pasado!

—¡Te juro que no, Rolando—volvió a decir Clarita, llorando amargamente—. ¡Yo te amo con toda mi alma!

Pero Rolando no la oía, obsesionado con su pensamiento, seguía hablando consigo mismo, y exclamó, al fin, en voz alta:

—Tú sabías que yo llevé una vida disipada, antes de formar un hogar y por eso precisamente te casaste conmigo!

—¡Por Dios, Rolando—seguía implorando ella—, tus ironías me destrozan el corazón!

—¡Está bien—continó diciendo Bland, como si no oyera las lamentaciones de su esposa—. Tendrás lo que deseas; libertad. Yo te facilitaré la petición de divorcio, dándote pruebas contra mí... ¡plenitud de pruebas!

—¡Te han engañado, Rolando—protestó la joven con todas las fuerzas de su amor—. Alguien te ha mentido para perderme... alguien a quien le amarga nuestra felicidad.

—¡Mentira!—exclamó él—. ¡Lee esta car-

ta, escrita por tí misma!... ¿Negarás que es tuya?

—No, yo no niego nada; pero eso no tiene ya valor alguno. Lo escribí cuando apenas te conocía, pero no te amaba como ahora... Yo te amo más que a nada en el mundo... más que a mi propia vida—. Y tirada en el suelo, abrazada a las piernas de él, seguía haciendo protestas de su inmensa pasión, hasta que Rolando logró desasirse de ella y encerrarse en su habitación.

CUARTA PARTE

Durante todo el día siguiente, Clarita no pudo apartar de su mente la triste escena de la noche anterior. Ahora, ante la probabilidad de perder a Rolando, era cuando se daba cuenta del gran amor que sentía por él. En medio de su desesperación no encontraba una persona en quien confiarse. Alejada de sus parientes, sin una amiga, sola, completamente sola, el horizonte de su vida se le ofrecía de una negrura aterradora.

Fué inútil que la vieja criada quisiese hacerle tomar ningún alimento, Clarita los re-

chazaba tenazmente, sin probar durante todo el día cosa alguna.

Cuando mayor era su angustia, el recuerdo de Elena vino a ofrecerle un rayo de esperanza y corrió a casa de ésta, a quien le preguntó, al verla en la cama:

—¿Qué le pasa a usted, Elena?... No sabía que estuviese enferma.

—Más que enferma, Clara—respondió débilmente Elena—. Los médicos me dan un mes de vida, todo lo más. Mi mal es de los que nunca perdonan a sus víctimas.

Calló durante unos instantes, agotadas sus fuerzas por el esfuerzo realizado, y al poco rato continuó diciéndole:

—Pero no se preocupe de mí. ¿Qué le pasa a usted? ¿Algún disgusto con Rolando?

Y Clara habló sin omitir un solo detalle, rasgando el velo de su pasado.

—Es verdad—terminó diciendo—; yo me casé por su dinero; pero hoy, Elena, le amo inmensamente... ¡No podría vivir sin él!

—Tranquílcese — respondió la enferma acariciándola—. Váyase a su casa... Vuelva al lado de Rolando, que yo me ocuparé de lo demás.

—¡Gracias, Elena! — contestó Clara haciendo intención de besarla, pero, con gran sorpresa suya, vió que era rechazada por su amiga, que le dijo:

—Nada tiene que agradecerme. No lo hago por usted. Lo hago por él, quiero que sea feliz, aunque nunca comprendió la inmensidad de mi amor.

A medida que Elena iba hablando, iba exaltándose cada vez más, y Clarita comprendió que su presencia en aquellos momentos era bastante perjudicial para la enferma.

Cuando regresó a su casa se convenció de que su esposo sabía cumplir su palabra. Veinticinco o treinta muchachas bailaban y cantaban alegremente, mientras que Rolando abrazado a una de ellas parecía preso de un ataque de locura.

Clarita se detuvo en la puerta, sorprendida por la visión de aquel repugnante espectáculo, mientras que su esposo ordenaba a la joven a quien estaba abrazado:

—¿Qué te importa a ti de ella, Dorita?... Sigue con tu danza...—y volviéndose hacia su mujer, le dijo irónicamente:

—Ya lo ves, querida... estoy acumulando pruebas para tu demanda...

Habían sido demasiadas emociones las que había experimentado el corazón de la pobre muchacha en corto transcurso de veinticuatro horas, para que pudiera resistir esta nueva, la más terrible de todas, y obscurecida su mirada por una densa nube, cayó al suelo, sin sentido.

Al verla caer, Rolando corrió hacia ella y la condujo a su dormitorio. Durante toda la noche y la mañana siguiente, Clarita, privada de conocimiento, exclamaba palabras incoherentes, con las que demostraba el inmenso cariño que sentía por su esposo.

Entonces fué cuando Rolando comprendió que no era falso el amor que le juraba su mujer. Ahora estaba convencido de él y se recriminaba cruelmente por la forma en que había tratado a Clarita.

Al anoecer de aquel día, la muchacha, completamente repuesta, se incorporó en la cama y acarició a su marido que lloraba al lado de ella.

—Te lo perdono todo, Rolando—le dijo—. Veo que, por fin, crees en mi cariño.

—Sí, Clarita—respondió éste atrayéndola hacia su pecho—. Voy a buscar a Conrado Fontaine y a darle lo que merece. Ya me he convencido de que es un miserable.

—No, Rolando—exclamó ella—. Tú no debes ir.. Es a mi a quien más lastimó, las quejas contra él deben ser mías, no tuyas...

Pero Bland, sin pensar en otra cosa que en castigar al cobarde amigo, que supo valerse de un secreto, que hubiera podido destruir su felicidad, se separó de los brazos de su esposa y corrió hacia el Club.

Si su estado de ánimo hubiera sido más se-

reno, no le hubiera sido difícil distinguir un automóvil que seguía detrás del suyo, ocupado por una mujer, que procuraba ocultar su rostro y que era precisamente Elena.

Cuando Rolando llegó al Club preguntó por Conrado y en vista que no estaba le entregó al portero una carta para él que decía:

“Búsqueme esta misma noche en la puerta de madera de tennis. Hay noticias muy importantes para usted.

Un amigo.”

Pero cuando llegó al lugar de la cita se encontró el cuerpo ensangrentado de Conrado y un terrible pensamiento se fijó en su mente. Nadie que no fuera su esposa sabía la existencia de aquella cita e indudablemente ella, para salvarle, le había dado muerte.

Volvió a tomar el mismo automóvil que lo había llevado y regresó a su casa, pensando encontrar en ella a su esposa.

Sin embargo, no había hecho más que abandonar el trágico lugar, cuando llegó Clarita y al ver el cadáver del esposo de su antigua amiga, exclamó horrorizada:

—¡Conrado!... ¡Dios mío, llegué tarde!

Todos sus sentimientos le aconsejaban volver a su casa, desde donde podría tender la mano a Rolando, buscarle, mentir por él, salvarle...

La había acompañado Gorito y cuando volvió al sitio donde él la esperaba exclamó:

—Conrado está allí... muerto. Acabo de matarle.

—No digas eso, Clara—exclamó el muchacho—. Mientes para salvar a tu marido... Volvamos en su busca, para ver el medio de salvarlo.

Y ambos, unidos por el mismo pensamiento, corrieron a la ciudad.

Mientras Gorito iba a buscar el medio para facilitar la fuga de Rolando, Clara entró en su casa y halló a su marido que le dijo abrazándola:

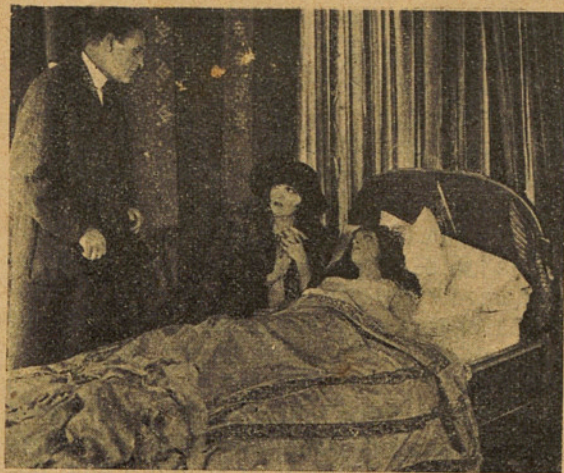
—Ya no hay remedio, querida... mía, ha sido toda la culpa por dudar de tu cariño, pero yo sabré adorarte toda la vida y nada habrá que nos separe.

—¡Gracias a Dios! — exclamó Clarita—. Esta horrible tragedia ha tenido poder, al menos, para acercar nuestros corazones...

—¿Lo sabe Caldwell?—le preguntó Rolando, volviendo a la realidad de la crítica situación—. ¿Hay alguna otra persona que pueda sospechar de ti?

Clara abrió desmesuradamente los ojos, como si no comprendiera las palabras de su esposo y contestó:

—¿Sospechar de mí, dices?... ¡Si yo pensé que eras tú el que le había dado muerte!



La pobre Elena miraba suplicante a Rolando.

—No, Clara—explicó su esposo—. Yo iba a buscarlo, pero mi taxi se retrasó por una avería. Cuando me acercaba al Parque del Club, te vi con Caldwell. A poco hallé a Conrado muerto y creí que habías sido tú quien le había matado.

En aquel instante entró Gorito, que venía corriendo a más no poder y dió la aclaración del enigma diciendo:

—¡Elena... Elena Lane fué quien mató a Conrado!... Acaba de enviar su confesión a la policía. Dice que le ha matado, porque ame-

nazaba destruir la felicidad del hombre que ella amaba... La pobre está muriéndose y desea ver a usted.

Sin detenerse un momento corrieron al domicilio de Elena, en quien se adivinaba, por la palidez de su semblante, los últimos destellos de vida.

Cuando se acercaron al lecho, Clara, profundamente conmovida, quiso dar a la moribunda el placer de un momento de soledad con Rolando y salió de la alcoba, dejándolos solos.

La pobre Elena, incapaz de poder decir nada, miraba suplicante a Rolando, que comprendió lo que pedía y se acercó a ella, depositando un beso en su frente.

Parecía que esperaba para morir aquel beso, único premio del gran amor inconfesado que llenó toda su vida, y algunos segundos después, aquel corazón pleno de un amor sublime dejó de latir entre los brazos del hombre adorado.

Allí quedaba Elena, durmiendo el sueño eterno, mientras en una iglesia próxima la campana tocaba la oración del alba.

—Un símbolo, Rolando—dijo Clara abrazando a su marido—. Una promesa de expiación y de indulgencia para Elena... que mató para asegurar nuestra dicha...

F I N

OIGA!!

*No deje usted de leer, los
últimos grandes éxitos
que acabamos de publicar.*

SELECCION DE BIBLIOTECA FILMS
VOLUMENES A 50 CENTIMOS

El espejo de la dicha

por la bellísima LILY DAMITA.

M A R T I R I O

creación de SUZY VERNON.

Por la Patria y por el Rey

por el genial RENE NAVARRE.

SELECCION DE FILMS DE AMOR
VOLUMENES A 50 CENTIMOS

T I T A N I C

brillante interpretación del simpático
GEORGE O'BRIEN.

Flor del desierto

por la deliciosa pareja: RONALD
COLMAN y VILMA BANKY

Lances del querer

creación de la eminente NORMA
SHEARER.

Entre el Amor y el Deber

por el apuesto RAMON NOVARRO y
la malograda BARBARA LA MARK